

PROBLEMAS DE HISTORIA DE LA CLASE OBRERA

Los estudios de Eric J. Hobsbawm sobre las revoluciones burguesas, los movimientos sociales y los alcances de la revolución industrial son, sin duda, antecedentes bastante sólidos como para asegurar, en este volumen (1), la reunión de un importante material y puntos de vista estimulantes sobre los problemas actuales de la investigación en historia del movimiento obrero. Se trata de abrir senda en la dirección de los nuevos enfoques sobre un tema que ha concitado los esfuerzos, no sólo de historiadores y sociólogos, sino también de muchos escritores comprometidos con las luchas sociales y que, en consecuencia, ha reunido opiniones y referencias que respaldan posiciones ideológicas, pero no siempre resultan sustentadas por el rigor metodológico. Resulta entonces claro que si la interpretación histórica no puede despojarse totalmente de la carga subjetiva que lleva en sí todo historiador, implícita, por lo demás, en su propia formación cultural, existen algunos terrenos donde la investigación requiere una mayor atención para no caer en subjetivismos extremos. Este es, precisamente, uno de los problemas que enfrenta el estudio de los movimientos obreros y sociales.

Hasta el presente, el movimiento obrero ha sido historiado privilegiando la descripción de la acción sindical, hecho que, de alguna manera, relega el examen de la situación total de la sociedad donde se desenvuelve el sector obrero que se investiga en cada caso. Hobsbawm pretende, en este trabajo, corregir esta tendencia señalando nuevos rumbos, aunque habría que apuntar algún antecedente en el solitario trabajo de Federico Engels, **La situación de la clase obrera en Inglaterra**. Todo ello viene, sin duda, a enriquecer las posibilidades de la disciplina, puesto que: «Sin embargo, se ha investigado comparativamente poco acerca de las clases trabajadoras como tales (no en cuanto organizaciones y movimientos obre-

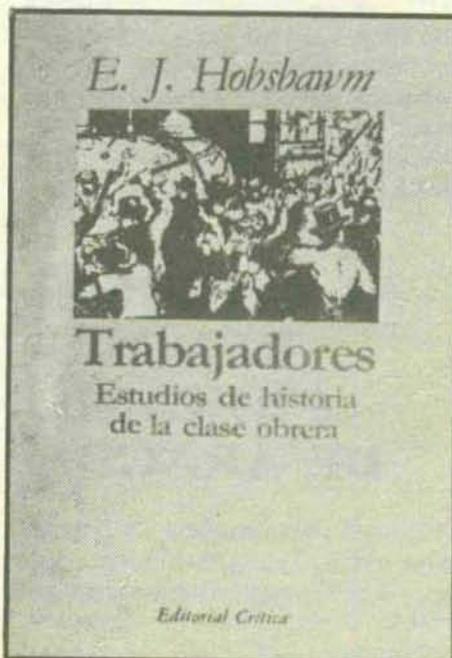
ros) y acerca de las condiciones económicas y técnicas que favorecieron el desarrollo efectivo de los movimientos obreros, o bien, en cambio, lo dificultaron. En estos últimos años este campo ha comenzado a despertar mayor atención, pero todavía se lo cultiva bastante poco. La mayoría de los ensayos que integran este volumen pertenecen a esta última categoría».

La discusión acerca de la validez o la pertinencia de ciertas posiciones tradicionalmente admitidas, como las que han surgido en torno a las formas iniciales de lucha obrera, tiene un cabal exponente en la revisión de uno de los fenómenos más trillados por la historiografía, pero no por eso conocido en profundidad: el ludismo. Señala Hobsbawm que en las últimas décadas se mantiene todavía un error: describir el movimiento contra la presencia de las máquinas como «una jacquerie industrial inútil y alocada». Arrastra, nos señala, la carga de las concepciones más recibidas sobre el proceso de industrialización, y la historia del movimiento obrero en sus etapas iniciales, que fueron elaboradas a finales del siglo XIX por autoridades tan respetables como Sidney y Beatrice Webb, pero que no resisten el análisis a la luz de las últimas investigaciones acerca del proceso de la sociedad industrial a comienzos de la pasada centuria. Fundada sobre una serie de supuestos tácitos —uno de ellos era que los trabajadores se habían lanzado contra inmutables verdades económicas en ciega reacción—, esta visión era hija

del siglo del liberalismo. «Los supuestos tácitos —dice nuestro autor— son discutibles en su totalidad. Las concepciones conscientes, en cambio, entrañan obviamente una gran parte de verdad. Sin embargo, tanto los unos como las otras oscurecen bastante la historia y de ese modo imposibilitan todo estudio serio de los métodos de lucha de la clase obrera en el período preindustrial».

El capítulo arroja luces sobre diferentes aspectos del ludismo, ignorados hasta el momento, o por lo menos nunca considerados en conjunto con sus diferentes facetas. Y así, advierte la existencia de dos tipos diferenciados de destrucción de máquinas: «El primer tipo no supone una hostilidad hacia las máquinas como tales, sino que constituye, en determinadas condiciones, un medio normal de presión sobre los patronos». La segunda clase de destrucción se muestra más dirigida, en su apariencia formal, contra la máquina como sustitutiva del hombre en cuanto ahorra mano de obra. Sin embargo, esta oposición no fue indiscriminada, ni tan irracional como se ha supuesto, y un fenómeno sorprendente es que estaba compartida por un fuerte núcleo de la opinión pública, incluidos algunos patronos. Por lo tanto, el fenómeno tenía mayor profundidad que la que se le asigna corrientemente. La agresión del trabajador contra la máquina estaba motivada por un problema práctico, cual era evitar el paro y mantener estable el nivel de vida: «Sobre todo objetaba el cambio global en las relaciones de producción que le amenazaba... «A la inversa: allí donde el cambio no perjudicó en nada a los trabajadores, no encontraron ninguna hostilidad especial contra las máquinas».

Por otra parte, la oposición a la máquina, en muchos casos, estaba fundada en el hecho de que ésta se encontraba en manos del capitalista, y si es cierto que no puede atribuirse genéricamente una comprensión, a nivel consciente, del sistema económico a los obreros de comienzos del siglo pasado, también lo es que las actitudes eran más claras en aquellos lugares, como Gran Bretaña, donde las relaciones de producción eran un fenómeno más perceptible para el trabajador. Y esto, por supuesto, explica también la adhesión de algunos patronos que, a su



(1) E. J. Hobsbawm, **Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera**, Barcelona, Ed. Critica, 1979.

vez, resistían un cambio que no podían o no estaban dispuestos a aceptar en todas sus implicaciones económicas.

Otro de los problemas que Hobsbawm revisa es el artesanado ambulante. Enmarcado en un siglo que presenta desplazamiento y emigración como hechos íntimamente vinculados a la historia del movimiento obrero, este tipo de trabajador cumple un papel fundamental en los momentos de crisis laboral. Existía incluso en los gremios más antiguos y tenía como finalidad evitar la carga sobre las «cajas de resistencia» en momentos de conflictividad obrera, eludir las persecuciones y disminuir el impacto del paro sobre determinadas regiones en coyunturas difíciles. Esta institución desaparece a medida que se acentúan los progresos del capitalismo. El antiguo artesano, de formación global en su oficio, configuró una mano de obra perfectamente móvil, pero la especialización creciente del obrero calificado lo fue ligando a determinadas formas de producción que no siempre encontró fuera de su ciudad, o de su comarca, y ello le restó posibilidades de desplazamiento.

No pretendemos, en esta nota, reseñar todos los temas que incluye el libro, cada uno de ellos importante. Es nuestro propósito dejar anotados algunos puntos sugerentes y dejar indicadas las pautas generales, que son, precisamente, emprender una intensa reflexión sobre aquellos aspectos más críticos para el especialista. Movimientos sindicales, sindicatos, el sector de la «aristocracia obrera», costumbres, salarios y niveles de intensidad de trabajo, son algunos de los aspectos abordados en la obra, siempre dentro del marco del siglo XIX. Debemos, no obstante, destacar los estudios sobre el nivel de vida en la primera mitad del siglo pasado, incluidos en un importante capítulo donde se realiza un balance de las dos tendencias más notorias en este aspecto. Escribe el autor: «Por motivos de comodidad llamaremos a la opinión clásica (Ricardo - Malthus - Marx - Toynbee - Hammond) escuela **pesimista**, y a la moderna (Clapham - Ashton - Hayek), **optimista**». Con el manejo de una sólida masa de datos cuantitativos y el examen de las fuentes en que se apoyan ambas corrientes, afirma entonces que la posición optimista carece de toda base sólida y

que, hasta ahora, la opinión clásica no ha sido conmovida en lo sustancial, si bien le merece críticas. Pero: «Hay que señalar un último punto. Normalmente los optimistas tienden a descargar al capitalismo de toda responsabilidad vinculada con la existencia de esas malas condiciones de vida, cuando admiten tal existencia. Sostienen que las mismas se debieron a que el desarrollo de la empresa privada aún no era suficiente, a ciertos resabios del pasado preindustrial y a factores similares. No tengo la intención de entrar en tales discusiones metafísicas. Este artículo se ocupa básicamente de hechos, no de acusaciones, exculpaciones o justificaciones. A los historiadores no les incumbe lo que hubiese ocurrido si todos los ciudadanos de la Europa de 1800 se hubiesen comportado como dicen que deben hacerlo los manuales de economía, y si no hubiesen existido obstáculos o fricciones. Ante todo les concierne lo que de hecho ha ocurrido. La cuestión de la posibilidad de que ocurriera de otra manera corresponde a otro terreno de discusión». Crítica demoledora, sin duda, a la cuestión emocional de lo **si** hubiera ocurrido de tal o cual manera en historia. Una serie de reflexiones adicionales acerca de la historia del nivel de vida de las clases trabajadoras entre 1790 y 1850, en Gran Bretaña, se encuentran desarrolladas más adelante bajo el título: «La discusión acerca del nivel de vida. Un Post Scriptum».

Resulta casi innecesario destacar la importancia del libro, que enriquece la bibliografía sobre el tema y supone una aportación, de gran interés para los historiadores, al tiempo que resulta lectura siempre atractiva para el lector que profundiza en los problemas del mundo contemporáneo. ■
NELSON MARTINEZ DIAZ.

EL CONSEJO REVOLUCIONARIO DE ARAGON

La guerra civil española es uno de esos temas exhaustivamente tratados y a la vez aparentemente inagotables. Constantemente aparecen testimonios que tratan de aportar

nuevos datos a la contienda más controvertida de la historia contemporánea española. En este marco se inscribe la obra que nos ocupa (1).

Juan Zafón Bayo, fallecido hace apenas dos años, tuvo una participación activa en la guerra civil. Militante de la CNT desde su adolescencia, luchó en el frente de Aragón en su juventud, en la columna Ortiz, siendo elegido delegado de Información y Propaganda al constituirse el Consejo de Aragón. Conoce, por tanto, de cerca los hechos que trata de aclarar y enriquecer con su testimonio personal. Al acabar la guerra, como tantos otros republicanos, marchó a Francia, formando parte de las Compañías de Trabajo. En 1942 se incorporó a la Resistencia francesa, exiliándose a México cuatro años después. El libro que nos ocupa es el fruto de unas notas tomadas en los últimos años de su vida, de sus recuerdos y reflexiones sobre su experiencia en el Consejo de Aragón. Murió antes de poder revisarlas, pero sus líneas fundamentales estaban ya definidas y siguiéndolas salió a la luz esta obra que ahora comentamos.

El Consejo de Aragón nació en agosto de 1936 como expresión práctica de los acuerdos tomados en el Congreso Cenetista de mayo del mismo año. Y lo hizo con un fin primordial: coordinar las colectividades que se habían fundado en los pueblos tomados por los anarquistas con dos propósitos concretos: abastecer las intendencias del frente y hacer realidad las aspiraciones revolucionarias.

La experiencia revolucionaria fue común a todo el área dominada por el Frente Popular. Hubo colectivizaciones en Barcelona, donde existía una tradición anarquista arraigada; en Madrid y, en general, en todas las zonas rurales de la España republicana; aunque tuvieron caracteres muy diversos según los pueblos y las circunstancias particulares. En Cataluña, la larga tradición comercial e industrial impidió muchos excesos y en Madrid el fervor colectivista no era tan fuerte; sin embargo, en Levante, Castilla la Nueva, Andalucía y Aragón gran cantidad de pueblos abolieron el dinero e insistieron de

(1) Zafón Bayo, Juan: **El Consejo Revolucionario de Aragón**, Ed. Planeta, col. Textos, Barcelona, 1979.